

LA ORACIÓN CONTESTADA

Cuando la guerra llegó a algunas lejanas islas del océano, los misioneros blancos tuvieron que salir. Esto fue penoso para los maestros nativos. Pero eran hombres valientes. Permanecieron en el lugar donde estaban, y continuaron la obra del Señor.

Cuando los soldados enemigos llegaron a una de esas islas, les resultó muy difícil atravesar las montañas. No había caminos. Sólo unos ásperos senderos a través de las selvas. Únicamente los nativos que habían hecho esos senderos podían hallarlos y seguirlos.

Los enemigos tomaron a dos nativos cristianos para que les sirvieran de guías. Durante todo el día estos jóvenes guiaban a los soldados a través del escabroso país. Cada noche, cuando se acostaban a dormir, los soldados formaban un círculo. Los dos guías tenían que dormir en el centro de dicho círculo, de modo que no pudieran escapar.

Pero un día, mientras iban marchando, uno de los guías pudo escabullirse de los soldados y esconderse en la espesa selva.

Por causa de esto los soldados se enojaron mucho con el otro guía y lo castigaron. Cuando llegó la noche le encadenaron las manos y los pies. Le resultaba muy difícil dormir de esa manera.

Una noche, mientras los soldados estaban poniéndole las cadenas, el guía pensó en la historia bíblica acerca de Pedro. Recordó que el ángel había desatado las cadenas de las manos y los pies de Pedro y lo había conducido fuera de la cárcel. Entonces oró a Dios pidiendo que enviara un ángel para ayudarlo a librarse de los soldados.

Casi inmediatamente el cielo se cubrió de espesas nubes negras. Los relámpagos brillaron y retumbaron los truenos. Entonces empezó a llover. Llovió más y más fuerte. Los soldados se fueron alejando cada vez más hacia los árboles. El pobre guía quedó solo bajo la lluvia, con las manos y los pies encadenados.

De repente sintió que las manos y los pies estaban sueltos. Brilló otro relámpago y vio que Dios había contestado su oración. ¡Estaba libre!

Entonces, mientras los soldados procuraban hallar un lugar mejor para resguardarse de la lluvia, el guía se puso de pie y empezó a correr. Conocía muy bien los caminos de la selva. Corrió y corrió muchos kilómetros. Aun en la oscuridad de la noche conocía el camino hacia su casa.

Durante todo ese tiempo sus amigos cristianos habían estado orando por él en sus hogares. Habían estado pidiendo a Dios que le salvara la vida y lo devolviera a su hogar para que siguiera trabajando por el Señor. Mientras la gente estaba aún orando, oyeron llamar a la puerta. ¿Quién podría ser? Cuando abrieron, ahí estaba el guía. ¡Oh, qué felices estaban porque Dios lo había llevado de nuevo al hogar!